zar, en cuanto podia, la causa de la parcialidad extremada. Dueño, pues, de todo el poder del gobierno en Madrid, empezó à usarle con notorio desatino contra otros que los causantes del último alboroto. Una de sus primeras providencias fué echar fuera de la capital á un número mediano de personas de corto valer y concepto, estimadas adictas á la causa del pretendiente; siendo cosa singular que pagasen estos infelices la pena del delito cometido por gente de ellos tan desemejante, y no menos extraño que una persecucion contra los parciales de D. Carlos se cebase, no en principales personajes, sino en hombres de ningun influjo. A esta providencia siguió otra igual de destierro contra sugetos de opiniones populares extremadas; pero tambien los así castigados fueron escogidos de entre gente que no habia participado en los excesos de cuyas resultas habia quedado sujeta á la autoridad militar la capital de España. El gobierno, sin gustar de tan absurdas demasías, por mera debilidad las aprobó despues de cometidas, y aun les añadió otras de igual ó parecida clase. El ministro de la Gobernacion dirigió sus rigores contra familias de los partidarios de D. Carlos, y como esta persecucion, aunque no sanguinaria, cruel, alcanzase á mujeres y niños, valió á su autor, de parte de la gente burlona el apodo de Herodes, comparándose su hecho con el martirio de los inocentes. Así una sedicion loca habia engendrado disposiciones con trazas de actos de verdadera locura.

Otra sublevacion mas grave apareció al mismo tiempo en la Andalucía. En Sevilla, como en las demas ciudades populosas de España, un corto número de gente inquieta estaba metida en perpétua conjuracion para alzar bandera contra el gobierno, ó dispuesta á seguir cualquier estandarte de sedicion que se enarbolase. Aprovechando una ocasion de las que solian presentarse, rompió en aquella ciudad un tumulto, que mal reprimido paró en el hecho de crearse una junta. Estaba allí á la sazón en un viaje de recreo el general Córdova, recién llegado de Cádiz, á donde, recién cerradas las sesiones de las cortes, en que como diputado por Navarra habia tomado asiento, habia pasado á distraerse de los negocios políticos, cuyo estado no le era muy satisfactorio. Córdova pasaba por ser del partido moderado, al cual en verdad correspondia, si bien él desdeñaba ligarse con los lazos de un partido político, aspirando á ser mirado como independiente. Espartero le profesaba odio vehemente y acerbo en pago de singulares favores y distinciones que le habia debido, hasta recomendándole con eficacia para el mando del ejército en la hora en que graves dolencias le precisaban á renunciarle. Mal puede acertarse si fué por esta causa ó por otras por lo que los sublevados sevillanos hubieron de convidarle á entrar en la junta que habian creado, poniéndose á su frente, siendo mas propio de la gente alborotada hacerle blanco de su ira. En mal hora para su fortuna discurrió el general que podia hacer un servicio á su patria, si, manejando aquel movimiento, le encaminaba á buenos fines, haciendo que en lugar de parar como otros en daño del trono, de la libertad y del orden, contribuyese á disminuir ó acabar el ilegal influjo que Espartero estaba ejerciendo en la política interior del Estado. Artes pérfidas y tenebrosas, cuya índole